

UN AMANECER LLUVIOSO

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Un amanecer lluvioso.

Me quedé mirando cómo en el vaso de agua, el "Alka-Seltzer" se disolvía dentro de él y, mientras bailoteaba, soltaba perlititas que se convertían en nada al llegar a la superficie. Me dolía la cabeza y sentía acidez en el estómago, propia de la resaca tras la fiesta final en la convención anual celebrada en París, de la multinacional para la que yo trabajaba. No recuerdo ni a la hora que nos acostamos, ni con quién. Lo de la hora a la que me dormí..., aún menos.

¿Quién sería la chica morena que dormía en mi cama, con la espalda al descubierto y su pelo negro desparramado sobre la almohada? No recordaba nada. Esperaba que con la pastilla esa, además de calmar mi malestar, recuperaría la memoria que los gin-tonics de diseño se habían cargado.

Cogí el vaso, salí del cuarto de baño con él en la mano y regresé a la habitación. La chica morena, seguía durmiendo entre un revoltijo de sábanas, su ropa interior tirada en el suelo y el vestido de marca, recostado en el respaldo de uno de los sillones. ¿Estaría casada y lo de anoche sólo fue un paréntesis en la vida del frenesí laboral de los ejecutivos de "Markets Money, Ltd", como si yo fuera otro de sus gin-tonics, y nada más? Me bebí de un trago el vaso entero y me sentí aliviado al instante porque tenía sed.

Las cortinas de las puertas de cristal que daban a la terraza de la habitación estaban echadas así que, sin hacer mucho ruido, aparté una de ellas y miré al exterior. El hotel estaba situado a las afueras de París, y una autovía repleta de automóviles discurría frente a mí. Estaba amaneciendo, aunque las nubes grises no dejaban ver el sol. El rumor de los coches circulando, me llegaba como acolchado por el doble cristal de las puertas. La chica morena ronroneó en la cama y se giró sobre sí misma. Ahora, se mostró desnuda sobre la cama, y la verdad es que era un hermoso animal respirando pausado. ¿Quién cojones sería, que no conseguía recordarlo? ¿Alguna compañera de "Markets Money, Ltd."? ¿Una cliente del hotel? Me acerqué hasta ella, y comprobé que seguía durmiendo plácidamente. La cubrí con una de las sábanas y volví a las vistas exteriores desde mi terraza, saliendo afuera.

Había una humedad agradable en el ambiente, y la carretera estaba mojada como si hiciera poco que hubiera estado lloviendo. Las luces de todos aquellos coches, que ahora circulaban en caravana lenta, quedaban reflejadas sobre el asfalto metálico, dibujando como una gusano de luz de

kilómetros, que no se inquietara por su caminar espeso. En Madrid, que es donde yo vivo, ya se hubieran oído los pitidos de muchos de toda aquella gente y que, aquí, en Paris, parecían no inmutarse por algo que debía de ser lo habitual.

Miré mi reloj y eran, aún, las 6 de la mañana. Seguro que esa gente, debían de entrar a trabajar a las 7 y por eso aún no les inquietaba lo de llegar tarde a su trabajo. Nosotros, en Madrid, salíamos con el tiempo justo, dando por hecho que los atascos de la entrada a la ciudad, no iban a existir. Pero siempre nos equivocábamos y la culpa era del Ayuntamiento, por no poner 10 carriles por sentido. Con lluvia, alguno más.

A estas horas, en casa, Aurora ya estaría mirando el despertador porque solía despertarse antes de que sonara a las 6,15 y, ya, pondría toda la casa en danza para que los chicos se fueran despertando y preparándose para llegar puntuales al colegio. Hoy, sería ella la que se encargaría de dejarlos allí pero, habitualmente, soy yo quien se encarga de eso. La verdad es que me cuesta separarme de Aurora y la echo enseguida en falta, como ahora. Dudé si convenía hacerlo o no, pero, al final, me decidí. Cogí el móvil y le mandé un whatsapp: "Buenos días, Cariño: te añoro a J. Paris, sin ti, no vale ni una misa". Me senté a esperar en una de las sillas de la terraza, y me encendí un cigarro. Sobre el toldo que me cubría, comenzaron a sonar las gotas de lluvia fina parisina, mientras contemplaba mi whatsapp en la pantalla del móvil, esperando a que los dos ticks se volvieran azules como que, ella, ya lo había leído. Se pusieron azules y bajo el nombre de Aurora, en el contacto, apareció "escribiendo...". Y una sonrisa, se me puso en la boca, como sin querer.

- "Hola, Cariño: ¿qué haces?", puso ella. Y en un segundo envió, añadió: "Yo..., también... a".

- "Aquí, en la terraza del hotel, fumando. No tenía sueño, y me he levantado. Cojo el avión a las 11,40 y estaré contigo en 2 horas. Bueno, un poco más".

- "¿Ha sido pesada la convención?"

- "Sí..., como todas..., ya sabes"

- "Pues luego hablamos, que voy a llamar a los chicos, que se vayan levantando. Te quiero"

- "Yo, también. Un beso". Apagué el móvil y lo dejé sobre la mesa baja. La temperatura era buena a pesar de la lluvia, y con la mirada hipnotizada en la caravana luminosa de coches, di una calada profunda al cigarro. Volví la cara hacia la habitación, y la bella desconocida seguía durmiendo. ¿Quién sería?, seguía preguntándome sin darme respuesta. Volví a dar otra

calada larga y pensé: "Lo tendría que dejar", mirando salir el humo libre ya de nicotina y alquitranes, desde el fondo de mis pulmones. Ya me había puesto varias fechas límite para dejarlo, pero el estrés de mi trabajo, me hacía saltármelas todas.

¿Qué tal la convención?, me venía preguntar Aurora hacía unos minutos y..., eso mismo me preguntaba yo: ¿Qué tal la convención? Pues una gilipollez. O casi. Bueno, no es que fuera una gilipollez, porque de la suma de una serie de gilipolleces, vivía yo. Y no mal, si miraba la habitación que me había pagado "Markets Money, Ltd" en ese hotel de 5 estrellas, las comidas selectas y hasta los gin-tonics sofisticados, que habían formateado mi memoria hasta no recordar ni un ápice de mis andanzas con la chica de la cama. Lo de saber quién es..., me daba casi igual pero..., no recordar lo que llegamos a hacer..., no tiene perdón de Dios. A ver cómo le explico luego, cuando despierte, que no recuerdo quién es.

Volviendo a las gilipolleces, pues sí que es verdad que en algunos momentos, nuestra empresa nos trata demasiado bien, como son tratados los caballos de carreras..., mientras ganan títulos. Pero a cambio, nos piden, nos exigen más bien, que seamos... "creativos". Creativos, dicen los que están por encima de mí, que ya no andan muy por debajo de la cúpula. Y nosotros, de acuerdo con las circunstancias del mundo, de los mercados, de las previsiones, de los futuros de cualquier cosa que el ser humano necesita, o imaginamos que pueda necesitar, tenemos que anticiparnos cada vez más lejos, a las jugadas actuales del resto de nuestros competidores, si queremos ganarles..., inventándonos sueños que vender a nuestros clientes. Lo bueno es que, algunos de ellos..., hasta se hacen realidad. Y mientras vamos sacando algún conejo auténtico, de la chistera, nuestros jefes nos pagan con migajas gordas.

La cosa es sencilla. Están los inversores, gente con dinero que quiere apostar a blanco o negro, para lo que yo hago de adivino del precio que tendrá en el futuro, algo: da igual si se trata de las acciones de Mercedes-Benz, el trigo, el manganeso, o el índice Dow Jones de la bolsa de Nueva-York. Le debo de explicar a mi inversor, qué va a pasar con tal mercado, si va a ir al alza o a la baja, para que haga su apuesta (si no va a haber variaciones en los precios, no nos vale porque el negocio está, en lo inestable). Y tengo que analizar todo aquello que va a afectar a su precio en el futuro: carestías, abundancias, demandas, ofertas, situaciones políticas, sociales... o, guerras. Y con todo estos mimbres, diseño algún fondo de inversión de alto riesgo con el que decirle al inversor, que es en el que debe de apostar sus ahorros. Y si no se cumplen mis profecías, tendré que saber explicarle y explicarme, porqué no se han cumplido. Porque no habré fallado yo, sino alguna de la circunstancias que se saltó mi previsión, sin mi permiso. También tengo que proteger mi reputación, digo yo. Y, similares a mí, hay una legión de analistas de inversión que verán la cosa distinta o parecida, a la mía. Mi precio, el que los dueños de la cuadra de purasangres están dispuestos a pagarme, irá en función de

las carreras que yo gane. Estas son las gilipolleces que hago: saber porqué la bolita va a caer en una determinada casilla de la ruleta, y no en otra.

Un portazo no muy fuerte, me sacó de mis reflexiones y me giré para mirar hacia la cama. Ésta, seguía revuelta, pero la chica morena no estaba en ella. Me levanté y entré para ver si es que estaba en el servicio, o duchándose. Su ropa, había desaparecido del suelo y del sillón, y el cuarto de baño estaba vacío. Abrí la puerta de la habitación, a ver si estaba aún por el pasillo de las habitaciones, pero ni rastro de ella. Me metí cerrando la puerta detrás de mí, con la sensación amarga de que sí, que yo sólo había sido su último gin-tonic de la noche, en el mejor de los casos. Y siempre me quedaría la duda si había quedado bien como amante ocasional, o no. El alcohol, también es una buena excusa, si había sido que no. Y en adelante, cada una de las compañeras del trabajo podría ser esa morena desconocida que me juzgase sin poder defenderme. Al menos, ya podría descartar a las rubias y pelirrojas, que eran las menos. Y cada grupito de ellas que cuchichearan y se sonrieran cuando yo pasara por su lado..., ahí podría estar el enemigo, destruyendo la reputación que, como amante, dentro de mi empresa tenía. O a lo mejor no: ¿por qué ponerme pesimista?.

"¿Qué tal la convención?", seguía martilleándome su pregunta en mi cabeza, todavía con el sabor amargo de la escurridiza morena que no me había dejado ni la oportunidad de despedirme y poder quedar para tomar café, otro día. No sé, quizás fuera mejor así, aunque me hubiera apetecido ese café repleto de más oportunidades, en las sí que me quedara su recuerdo. La convención... ah, sí..., ahí estaba dándome vueltas. Se decía que "asistido a una..., asistido a todas", porque más o menos, era así. Lo de siempre: otra vuelta de tuerca más a los objetivos generales de crecimiento en número de clientes, de cifra de negocio, de diversificación de nuestros productos, de creatividad a la hora de diseñarlos, de buscar resquicios fiscales con los que encandilar al inversor con nulas ganas de pagar impuestos, y que... "no había personas, sino oportunidades de negocio", que era un poco, el colofón final. Así habían sido hasta ahora, todas. Ésta..., también, pero con algún matiz nuevo. Y me puse a repasar algunas partes que recordaba, del discurso del presidente de la compañía:

"... queridos colaboradores..., ha habido otras reuniones en años anteriores y las circunstancias parecía que estaban más claras pero, nuestro entorno, que es "sólo" mundial, está cambiando a un ritmo vertiginoso. Y la forma de hacer negocios, también. E internet, no es ajeno a eso. Toda nuestra actividad se basa en la confianza, porque ya hace tiempo que no movemos nada tangible. No hay acciones en papel, ni dinero físico que se mueva de un banco a otro, ni las inversiones o desinversiones, suponen un trasiego de algo que tengamos en nuestro poder. El que entrega y el que recibe, maneja humo. Pero confían en el

valor de cada operación electrónica de millones de euros o dólares. Te llevas un Rolex de la tienda de lujo, y "pagas" con un trozo de plástico porque quien te entrega eso real, confía en que todo el complejo mundo de las transacciones electrónicas, va a "depositar" en su cuenta, una cantidad en números, que equivale al precio que marcaba la etiqueta del reloj. Nos movemos sobre una charca de arenas movedizas que aún funciona, porque confiamos en que cada ruedecita del mundo financiero, no nos va a fallar. Damos a una tecla, y validamos la compra a futuro, de la cosecha de cereal de medio Kansas, cuando aún las espigas están a mitad de su recorrido. Y la vendemos 3 días más tarde, cuando un rumor de escasez en China, por culpa de la sequía, eleva el precio del trigo que está sin terminar de hacerse, y aparecen en nuestra cuenta de un banco en Londres, el beneficio procedente de jugar, durante esos 3 días, a esta ruleta en que nos movemos los asesores financieros. Es magia... mientras dura. Porque sabemos que no hay negocio para todos. Son las reglas del juego: lo que yo gano, otro lo debe de perder.

Y con los tipos de interés por los suelos, hay cada vez más gente que de ser conservadora con sus finanzas, se ha convertido por obligación, en arriesgada. Y cuantos más actores haya en el anfiteatro o, a menos tocará para cada uno, o menor será el número de los afortunados. Cuando hablamos de nuevas oportunidades de negocio, lo son, en primer lugar, para nosotros. Nuestros clientes quieren beneficios y nosotros sólo les vendemos lotería: no tenemos otra cosa. Y habremos analizado qué bolitas han salido más veces, y si cuando el clima es seco, afecta a unos números más que a otros. Y en base a ello, montaremos predicciones para que los números que nosotros elijamos al final, nos los compren. Los bancos de peces, los cardúmenes, se desplazan en masa pero están los líderes que van en cabeza, al que le siguen, detrás, los de un grado inferior y, a éstos, otros; y a medida que nos vamos yendo para el final, el volumen del cardumen, crece: son, los que se dejan llevar. Y el grupo zigzaguea al avanzar, siguiendo todos a los que tienen delante, hacia donde vayan, sin preocuparse en qué dirección están en ese momento, los de cabeza.

Nosotros, no estamos en la cabeza del grupo, pero no podemos limitarnos a seguir a los que tenemos delante, y debemos de olvidarnos de si éstos han girado a la izquierda o hacia arriba. No: tenemos que calcular en qué dirección están los-de-la-cabeza para anticiparnos a los movimientos que vayan a hacer todos los peces que están entre aquéllos de la cabeza y nosotros y, así, llegar a ganarles porque la información es poder. Y cuanto más información tengamos a la hora de hacer nuestras apuestas de futuro, más posibilidades tenemos de acertar y de hacer ganar a los que confían su dinero, a nuestra habilidad razonablemente predictiva.

Necesitaremos suerte pero, sobre todo, información. Y nuestra misión no es comprar o vender el trigo, cobre..., o lo que sea, al "precio justo"

para el productor o el consumidor final, sino comprarlo muy barato y venderlo muy caro. No cuidamos de los seres humanos, que es obligación de sus políticos, sino de nuestros clientes, si queremos conservarlos mucho tiempo y que, éstos, nos paguen hoteles como los que ahora os están alojando. Y es también el orgullo de ganarles a los que compiten contra nosotros para quitarnos lo que nos pertenece, porque nosotros habremos sido más listos en obtener y manejar la información, que sí tiene un valor de mercado, como lo tiene el petróleo, o el maíz de Iowa o el de Illinois. Y fijaos que he dicho "manejar la información", no sólo utilizarla. Debemos modificarla, si es necesario. Y siempre será necesario, eso, si queremos ponerla de nuestra parte. Y los otros, harán lo mismo con la que nos facilitan. Así que, demostremos a los accionistas de nuestra empresa que somos los mejores brókers y... salid ahí afuera, y a por la información, esté donde esté, y cueste lo que cueste. Y una vez con ella, juguemos a magos, hagamos las apuestas... y a acertar. Porque hay montones de jóvenes economistas, de brillantes carreras como las vuestras, que están deseando quitaros el puesto, porque un pasado brillante, ya no cuenta en nuestras vidas: sólo, el hoy, garantiza vuestro futuro. En "Markets Money, Ltd.", no hay puestos fijos. Gracias a esa regla, un día, entrasteis vosotros. Luchad, y no os dejéis arrebatat los vuestros". Y una salva de aplausos, cerró el discurso del presidente. Cuando los aplausos cesaron porque éste se acercó de nuevo al micrófono, añadió: "Eso, sí..., todo dentro de la legalidad, que para los periodistas tocagüevos..., también de la información obtienen sus beneficios. Así que..., hasta donde llegan las costuras de lo legal, hasta ahí, es vuestro terreno de juego: "Markets Money, Ltd.", no ampara a sus ilegales..., si son pillados". Y con una sonrisa pícara, acabó el discurso, acogido por las risas y los nuevos aplausos, de los asistentes.

Olvidé la convención, y regresé a la habitación confortable, y a la terraza desde donde veía una parte de Paris, envuelto en el albornoz de felpa gruesa, cortesía del hotel, que me protegía del fresco de la mañana lloviznosa. Aplasté el resto del cigarrillo en el cenicero de la mesita baja, y me incorporé de la silla, para entrar dentro. Ya era hora de ir preparando las cosas para irme, porque aunque viajaba en clase VIP de Iberia, los controles en el aeropuerto, seguían siendo meticulosos y lentos.

Me di una ducha rápida y me miré en el espejo grande del armario, a ver si en la espalda llevaba alguna marca originada en lo pudo pasar ayer noche, durante la parte del tiempo censurada por mi memoria. Pero no, no tenía nada y repasé también la ropa que llevaba al regresar de la fiesta, por si habían quedado pistas del supuesto final feliz de la convención. Todo en orden. Y fui metiendo mi ropa y demás cosas, en la maleta con ruedas. Sobre el mueble, había una cajita con la marca "Montblanc", que ya no recordaba que estuviera allí, la abrí y, dentro, había unos gemelos dorados, redondos, en laca negra y con las iniciales de mi empresa, "MM", en marfil, incrustadas en el lacado. Ahora recordaba que cada asistente varón, había recibido el mismo regalo, como

una versión civilizada y sofisticada de la marca del hierro al rojo, que grababan a los esclavos pertenecientes al mismo amo. "Inadecuada comparación", me dije a mí mismo.

Camino del aeropuerto, desde el interior del taxi que me llevaba hasta él, veía caminar a toda esa gente a la que imaginaba deseando llevar la vida que yo tenía: economía desahogada, un piso en el centro de Madrid, los mejores colegios para mis hijos, viajes por todo el mundo en los más constelados hoteles, relaciones personales con gente importante, y con una moral en hibernación, que me permitía hacer, lo que debía o quería hacer, en cada momento. Pues... ¿porqué no era feliz? Pero... ¿es que eran más felices los que estaban peor que yo? Lo tenía, casi todo, hasta un cierto poder que me era transferido por mis clientes, cuando era capaz de que con mi información y su dinero, pudiera arrancar el último dólar, en el contrato de compra a futuro de lo que fuera, porque la otra parte disponía de menos información que yo, y le hacía saber que le estaba entregando mi última oferta. Ese momento era comparable a un orgasmo: obtener el mejor precio de quien fingía resistirse a la venta, porque yo sabía de antemano que necesitaba "mi" dinero, a cualquier coste. Pero, a la vez, con cada una de esas victorias, se me agrandaba un poco más la úlcera que el ácido de mi conciencia deshidratada, aunque vestida de Armani, iba atacando a pesar de estar ya, sólo, en los huesos. Lo malo es que mi conciencia llevaba unos cuantos años, "en los huesos", resistiéndose a morir.

En el taxi que me traía de vuelta a casa, desde Barajas, vi que aún me daba tiempo de ir a recoger a Aurora, que saldría a las 3 de la tarde del banco en el que era ejecutiva. Así que me llevó hasta el centro de Madrid y me apeé frente a la puerta del banco por donde ella saldría, cargando yo con mi maleta con ruedas. Luego, ya cogeríamos otro taxi hasta casa. Aquéllas, no eran unas oficinas del banco a donde los clientes acudían, sino las de la sede desde la que se tomaban las decisiones de la entidad y en la que trabajaban sus ejecutivos. Así que ahí la esperé, con una caja de chocolates de Pierre Hermé que le había comprado en Paris, y que siempre le traía cuando allí iba, por algo. Sabía que ella, los estaría esperando. Yo, me quedé resguardado en un portal próximo, por donde Aurora era fijo que pasaría, para meterse en la boca del metro que tenía que tomar y que la dejaba muy cerca de casa. Era, por darle una sorpresa.

En nada, comenzaron a salir compañeros de trabajo de ella, así que no tardaría apenas. Y, en efecto, la vi salir charlando con un compañero, sonriendo en la conversación y se pararon uno frente al otro, donde él parecía rogarle algo y ella, gesticulaba mostrando su reloj, como indicando la hora que era. Él, seguía insistiendo y al final, ella, sonriendo, pareció decir que sí. Acto seguido, cogió el móvil y se puso a escribir en

él.

"¡Clink!", sonó mi móvil como que había recibido un whatsapp. Lo saqué de mi bolsillo y apareció un whatsapp recibido de "Aurora". Lo abrí, y me decía:

- "Lo siento, Cariño, no voy a poder ir a comer a casa, que me quedo en la cafetería del banco, porque ha salido un tema muy urgente que hemos de resolver enseguida. Comeré algo en plan rápido, y a seguir con ello. Bueno, ya sabes tú cómo es esto. No creo que llegue más tarde de las 19 h. Esta noche te compensaré a, ¿eh? J. Pasa tú a buscar a los chicos por el cole, anda..., que estoy muy liada. Un besito. Te quiero. Espero mis bombones".

Leí el whatsapp con estupor, y luego, levanté la vista a ver qué hacía ella. Seguía riendo ante él, y con el teléfono en la mano, como esperando mi respuesta. ¿Qué estaba pasando? Era evidente pero, a mí, no me podía estar ocurriendo aquello que imaginaba porque siempre nos habíamos llevado muy bien y no podía ser una infidelidad. En Aurora, no. Tenía que estar interpretando mal, lo que tenía delante de mis ojos. Y le contesté, para comprobar que seguro estaba yo, en un error.

- "Vale, Cariño, pero tenía ganas de verte y aún tenemos casi dos horas, hasta que salgan los chicos. Sí, me he acordado de tus bombones, cómo no. ¿Seguro que no puedes venir, y haces mañana lo que tengas que hacer...?"

Ella, miraba mi "escribiendo...", esperando el texto final de mi respuesta y la vi leerme, contrariada. Lo miró a él, y volvió al teclado. Y escribió:

- "Imposible, Amor, no lo puedo dejar. Ya estoy comiéndome un bocadillo con otra compañera que se queda conmigo, y enseguida volvemos a nuestro despacho. Lo siento, de verdad. No te olvides de los chicos. Procuraré salir lo antes que pueda. Muá". Lo leí, y sentí que me temblaban las piernas, que mi mundo se venía abajo porque ya no lo tenía todo. Casi me había quedado sin nada, en aquellos momentos.

- "Vale, Aurora, te esperaré. No tardes. Te quiero mucho. Sí, iré a buscar a los chicos, no te preocupes". Y se lo envié, mientras sentía que me estaba faltando el aire. Y volví a mirarles a ellos.

Ella, terminó de leerme, le sonrió y le enseñó lo que yo le había escrito. Se quedaron mirándose a los ojos, y sonreían. Aurora, cerró su móvil, lo guardó en el bolso y, juntos, caminando deprisa sin tocarse, sin un gesto que delatara que fuesen algo más que unos compañeros de trabajo, se acercaron al borde de la acera, pararon un taxi, y se subieron en él. El taxi se alejó, dejándome con la caja de bombones en la mano, y un tiro

en la nuca. Sentí que su bala, estaba muy fría.

Una señora, se me acercó y me preguntó: "¿Se encuentra bien?". Pero no me enteré. "Que si se encuentra bien, señor?".

Volví a la realidad, obligado por aquella señora amable y le dije "Ah..., sí..., sí..., gracias señora, no es nada; sólo es..., un poco mareado..."

- "Es que está muy pálido. ¿Quiere que llame a un taxi?", siguió ella.

- "No..., no..., un taxi, no. Mejor..., prefiero caminar..., gracias... Es Vd. muy amable. Ya estoy mejor. Algo, que me habrá sentado mal, seguro...", le contesté.

Y me puse a caminar, dudando en cada paso, y arrastrando la maleta con ruedas. Un hombre, arrodillado en el suelo, pedía limosna, junto a un cartel que decía: "Español en paro con dos hijos, y mi mujer enferma. Vivo en la calle porque me desahuciaron hace 6 meses. Pido una ayuda. Gracias".

Me paré frente a él, se me quedó mirando, diciéndome: "Lo que buenamente pueda, señor...", saqué un billete de 50€ de la cartera, y se lo di. Él hizo un gesto como de "Señor..., creo que se equivoca...", pero yo lo apreté contra su mano, y comencé a andar, con la mirada al frente, sin oír el "muchas gracias", que el hombre aquél me daba. Paré un momento, regresé sobre mis pasos y, ausente en mis pensamientos, le entregué la caja de bombones. "Tenga, para sus hijos. Son, de Pierre Hermé. Suerte". Y lo dejé allí, sin creermelo que era yo quien así de aturdido, caminaba.

F I N